



El pasado activo frente al presente inactivo.

En los grupos hay una clara diferenciación entre el presente y el pasado. Este se describe como un momento de movilizaciones, de acciones colectivas frente a la gerencia y de seguridad en el empleo. El presente es lo opuesto: desmovilización, insolidaridad e inseguridad. El pasado parece el lugar del movimiento obrero y sus tradiciones. Un movimiento desaparecido en el presente. Esta cuestión se suscita específicamente en un grupo (Grupo 1) y todas las intervenciones apuntan en la misma dirección: una mejor situación en el pasado frente a una peor situación en el presente. Los principales momentos de esta discusión se pueden representar en cuatro momentos:

(a) Una de las consecuencias de la situación anterior la expone una trabajadora: "Y además cualquier persona no tenía temor. Antes (...) un trabajador se quedaba sin trabajo y tenía otro" [Marga-1]. El temor, la inseguridad, es lo característico del presente. El pasado es visto como la época del pleno empleo, en la que siempre era posible trabajar. El presente es la época en la que el empleo es escaso y las oportunidades de trabajar más difíciles. La diferencia entre el antes y el ahora es el pleno empleo frente a la existencia del desempleo.

(b) La misma trabajadora insiste en las consecuencias de la dificultad actual para encontrar trabajo: "Entonces qué pasa, que te lo tragas, te lo tragas, las que te hagan. Lo importante es no perder el trabajo que tienes" [Marga-1]. El trabajo aparece como una suerte de tabla de salvación, cuya escasez lo transforma en un bien preciado. Su importancia es tal que determina la actuación del trabajador, que con tal de permanecer en él acepta cualquier situación. El pasado es visto, por el contrario, como una época plétórica para el trabajador. Disponía de autonomía y capacidad para imponer sus condiciones y defenderse frente a la arbitrariedad de la gerencia. En el presente ha desaparecido la autonomía del trabajador así como su capacidad de negociar.

(c) La permanencia en el puesto de trabajo requiere capacidad de acomodación, que en algunos casos llega a expresarse en forma dramática: "Yo he estado con auténticos tiranos. O sea, no hay humanidad en los trabajos, hoy no hay" [Manuel-1]. La imagen que se proyecta es la de una persona completamente subordinada: "Somos máquinas, máquinas que desempeñamos un trabajo y ni te puedes poner malo y ni puedes estornudar, ni te puedes ir al servicio" [Manuel-1]. Es una noción que deja entrever la imagen de la gerencia como un poder omnipresente. Lo cierto, no obstante, es que la omnipresencia tiene su origen en la interiorización que ha llevado a cabo el trabajador de un horizonte presente de sumisión. En esta interiorización, lo que constituye un síntoma, está completamente excluida cualquier referencia a los demás, a la clase y a lo que esto puede implicar de conflicto.

(d) De forma tímida se apunta hacia una instancia exterior como su única garantía: "... pienso que habría que regular un poco más la situación de los trabajadores, que no les den tantas facilidades a los empresarios" [Marga-1]. Es la duplicidad que se ha observado en otros momentos: el trabajador es la parte débil, el empresario la parte fuerte. Frente a la gerencia -a diferencia de lo que sucedía en el pasado- el trabajador es impotente y sólo le resta el recurso a una instancia exterior, que regule sus condiciones de trabajo y lo proteja frente a posibles irregularidades.